

Prólogo

EL POETA ORONDO QUE RECUERDA A DON QUIJOTE

Con frecuencia los grandes prodigios se producen a nuestro alrededor sin que nos percatemos porque la inercia del tedio cotidiano nos impide apreciarlos como verdaderos acontecimientos. Un poeta resulta siempre un acontecimiento. Si el poeta sale cínico, orondo y declarado enemigo del llanto, el acontecimiento se redobla.

Alfredo Gavín no ha podido resistirse al embrujo de su colega y amigo Juan López Carrillo y le dedica este libro desde la fascinación que le suscita su personalidad arrolladora. Un homenaje que resulta un pequeño acontecimiento en un mundo, el literario, trufado por la envidia.

¿Por qué fascina Juanito, el poeta orondo y risueño que, a ratos, para no caer en la depresión, abraza el tremendismo con afilada y cínica inteligencia? ¿Por qué nos fascina un poeta que ha convertido su gordura, sus malas rachas económicas y sentimentales en el eje de su obra? Todo ello le convierte en un poeta maldito que sobrevive con muchas penurias a los reveses de la última crisis económica que, por edad, es posible que acabe siendo para él, la última crisis. Acaso porque la literatura, en este caso la poesía, nos pone a salvo de los psiquiatras.

Catalán, hijo de andaluces emigrados al Delta del Ebro a finales de los cuarenta, la poesía le ha salvado la vida. Y ahora Alfredo Gavín, su amigo, le eleva a la categoría de “muso” y nos lo cuenta sin afectaciones líricas, en esta larga serie de poemas to-

rrentudos cuya música remite al trote de una manada de caballos asilvestrados por una vasta pradera.

“Nunca heredó una biblioteca,
ni propiedades cambiables por dinero,
ni otras equivalencias que no fueran
la salud, la alegría y el canto de los jornaleros”

Desde su adolescencia Alfredo ha formado parte de un triunvirato poético con sede en Reus conformado también por Ramón García Mateos y por el propio Juanito. A ratos recuerdan a los tres mosqueteros. Pues bien, Alfredo Gavín, rendido ante la vitalidad de Juanito, también ante la originalidad deslumbrante de su obra, le dedica este monumento, “Juanitus Magnificus”, que tiene algo de epopeya épica como reflejo de una vida desmesurada. Y, poema a poema, lo va perfilando para gozo del lector como hiciera en su día Pla con su amigo Manolo Huguet. Y lo hace de manera directa no exenta de ironía, lejos de solemnidades y academicismos, poseído por una fiebre creativa ante el amigo singular:

“La poesía es una galimatías incomprensible
para gente cursi, pretenciosa, que se las dan de cultos
y son más tontos que una infusión de cebolla”

Tendemos a magnificar a los muertos. Sabemos de Sijé gracias a Miguel Hernández. Pero es preferible que los homenajes se hagan mientras el objeto de nuestra admiración vive y colea cerca. No es fácil percatarse de los atributos de nuestros semejantes sobre todo cuando los tenemos tan próximos. De ahí que una capa de lejanía envuelva casi siempre la vida de los héroes. Por suerte, Alfredo Gavín, se ha percatado de la singularidad de la

vida de su amigo y nos ofrece estos poemas tumultuosos que han brotado como un broncho de agua impetuosa que diera lugar al nacimiento de un río.

Cuando recibí el manuscrito y comencé a leerlo quedé atrapado, literalmente atrapado, en un frenesí que remitía a los años de mi adolescencia devoradora. No podía cerrarlo, casi ochenta poemas que nos cuentan en un juego de espejos las múltiples facetas de la vida de Juanito con sus contradicciones, su desgarrros y su humoradas. Y digo que nos cuentan porque los poemas vienen empujados por un aliento narrativo.

Qué privilegio asistir a esta fiesta de la amistad, al festín de la poesía celebratoria. Literatura y metaliteratura, verdades y ficciones saliendo a bailar a una pista de baile donde se aprecia la silueta en sombra del poeta Gerard Vergès y la del profesor Ramón Oteo que alentó a los tres mosqueteros. Y a Blas de Otero y a José Agustín Goytisolo. Un festín lleno de excesos, huyendo de acaramelamientos. En definitiva, un retrato múltiple y cordial, a ratos crudo, como un daguerrotipo del siglo XIX, reflejo fiel de una vida atravesada por desgarrros y reveses, pero también por la alegría y la vitalidad. Ahí quedan estos poemas que la salvan. Y que nos salvan a nosotros, los lectores, estremecidos, fascinados por la vida del poeta orondo que los provoca y que, pese a las gorduras, antes que a Sancho, nos recuerda a don Quijote. Que ustedes los disfruten.

Ignacio Sanz